

Una mujer

JOSÉ ANTONIO ALVARADO

Montañas, marcan las silueta de una diosa dormida, deja acariciar su pecho por besos de nieve sobre sus pezones inviolados por marcas de hombre; ella, suelta su cabello cubriendo de vegetación el valle; de sus ojos nace un llanto de agua dulce que sacia la sed de los ríos ; el canto de las aguas, es también su voz melancólica. El viento, quita sábanas de neblina y la muestra desnuda bajo el sol; sus piernas largas y fuertes abrazan civilizaciones extintas que cantan a la soledad en lenguas muertas, su vientre, plano y esbelto, es frontera de lo inaudito: fértil casa inhabitada; y su sexo, cubierto de maleza, ofrece refugio al poeta perdido que alguna vez derramó letras en orgasmos inexistentes.

A veces, despierta, libera su pasión y se cubre de fuego destruyendo todo a su paso; sus entrañas, que durante el letargo son refugio de vida, se convierten en odio y deseo; así, cual guerrera amazónica, lanza un grito de humo que extingue la expansión del sol, este, temeroso, se oculta en el corazón del poeta y reza para que la lluvia acaricie su instinto, y con palabras hermosas, la vaya sumiendo nuevamente en su letargo hasta olvidarlo todo; entonces, vuelve a ser sumisa y fiel, mientras somnolienta, llora dichosa la bendición de ser mujer. ■

